

# La etapa del monopolio en la economía capitalista

Por EUDOCIO RABINES

El imperialismo—cúspide de un sistema, estadio culminante de una etapa mundial—es un ciclo histórico estrictamente circunscrito por fronteras contemporáneas. Categoría histórica actual, es el producto genuino de nuestra época. Sus analogías con los acontecimientos pretéritos, son solamente periféricas. El análisis de su infraestructura, el estudio científico de su proceso, esclarecen características netas que lo diferencian sustancialmente de los períodos que lo han precedido.

El paralelo del imperialismo con los hechos liquidados de la Historia—Imperio de Alejandro, Imperio Romano, Colonialismo inglés, español u holandés, imperio napoleónico—se explica en la concepción empírica y simplista de que el imperialismo es una política conquistadora. Concorde con tal concepción, los sucesos contemporáneos serían idénticos a los de la Antigüedad, el Medioevo. . . . . resultantes de las mismas causas, genitores de las mismas consecuencias. Ni práctica ni teóricamente puede existir tal identidad. Las leyes históricas no son principios abstractos, inmutables, que puedan aplicarse al presente como al pasado. Sustantivamente, la Historia no es un panorama, es un devenir. Y los acontecimientos devienen dentro de una realidad dinámica, en transformación constante, condicionados hoy por corrientes y ambientes distintos de los que imperaron ayer en etapas definitivamente tramontadas. Cada período histórico posee sus propias leyes. Cuando las fuerzas sociales desbordan las fronteras de su ciclo, pasan de un estadio a otro de su desenvolvimiento y comienzan a obedecer a otras leyes.

Efectivamente, “el imperialismo es una política de conquista, pero no toda política de conquista es imperialismo” (1). Toda política, de la especie que ella sea, no es sino la función de una realidad social determinada. El conjunto de medios empleados para desarrollar y ensanchar las formas de relación de esta realidad. Consecuentemente, cada ciclo histórico crea y desarrolla su propia política, concorde con las necesidades de su realidad social. Así, la política de la Antigüedad consagró la esclavitud y la acción guerrera a la búsqueda del botín; “el arte de la guerra, juntamente con el rapto, la caza y la pesca, son los modos naturales de adquirir, en tanto que el comercio es la forma artificial de adquirir la propiedad”. (2). La política feudal desarrolló el monopolio, conquistó el vasallaje del burgo, la servidumbre del campesino, impulsó las relaciones feudales en todas sus formas. La política de la etapa comercial aprovechó los descubrimientos, impulsó la navegación, amplió los mercados de producción, abrió nuevos mercados de consumo, vigorizó la urbe agudizando el antagonismo entre la ciudad y la campaña y realizó el colonialismo. — La política de la etapa industrial propugnó la libertad de los mares, la libre-concurrencia, el libre-pensamiento, la política liberal. Abrió a la producción y al consumo el mercado mundial. Sometió el campo a la ciudad y creó sus propios medios de dominio sobre la clase que ella engendraba. La política imperialista, surgida de una realidad monopolista y financiera, propugna la implantación, el ensanchamiento de los métodos del monopolio, de las relaciones del capital financiero.

En todas estas etapas impera la fórmula de Breno, malgrado todos los avatares. Pero, tal constatación, que confirma el postulado de que “la Historia de la Humanidad es la historia de la lucha de clases”, no alcanza a identificar ni a diferenciar estas etapas. El imperialismo es un ciclo histórico, en tanto que la política de conquista no es sino uno de sus aspectos. Y no hay que confundir uno de los aspectos del fenómeno con el fenómeno mismo.

Explicar un ciclo histórico es interpretar una realidad social. Y científicamente la exégesis será inválida si no se desarrolla conforme a un sistema y a un método. Analizando las características esenciales de esa realidad. Ubicándola definitivamente en el tiempo y en el espacio; abarcando la totalidad de sus aspectos y relevando las relaciones de causalidad que ligan los acontecimientos, es decir descubriendo el movimiento histórico que les dá la vida.

El imperialismo, como todo ciclo histórico, presenta manifestaciones de todo orden: económicas, políticas, sociales, esculturales, jurídicas. . . . . Dentro del orden económico el imperialismo presenta como características esenciales: Monopolio capitalista. Capital Financiero. Exportación de capitales. Concurrencia de los monop-

lios en el mercado mundial. Antagonismo irreductible de los imperialismos concurrentes.

## MONOPOLIO CAPITALISTA

### Concurrencia y concentración de capitales

La acumulación del capital en poder de poseedores individuales es la base histórica de la forma de producción del sistema capitalista. Sistema que reposa sobre el régimen de la propiedad privada. Es necesario remarcar que hay “dos especies bien diferentes de propiedad privada, una de las cuales se funda sobre el trabajo personal del productor, y la otra sobre la explotación del trabajo de otro. . . . . La segunda no solamente constituye la antítesis directa de la primera sino que ella no brota sino sobre la tumba de ésta” (3). Dentro del sistema capitalista, todo capital estático, simplemente atesorado, termina por esfumarse de las manos de su dueño. El dinamismo del capital tiene, al contrario, la función genuina de engendrar plus-valía y beneficio. La plus-vía engendrada por la función del capital originario acrecenta la acumulación y favorece el acaparamiento de los medios de producción. Toda acumulación deviene factor de una acumulación nueva. Y el ansia de acumular, la ambición del beneficio, el vértigo de realizar ganancias, es la fuerza constrictiva que compele a los dueños del capital a producir y a realizar la circulación de la producción.

El dinamismo económico, la masa de capitales desenvuelve su proceso sometido a dos leyes antinómicas: la dispersión, ocasionada por el surgimiento de nuevos capitales o por la repartición de los antiguos, y la concentración, realizada por la acumulación progresional mediante la plus-valía, y por la asociación de varios capitalistas.

El movimiento de los heterogéneos intereses individuales en el campo económico, tendientes todos hacia el mismo fin—obtener ganancias—engendra su relación lógica: la concurrencia en el mercado, la competencia en el comercio. La concurrencia es la lucha por el beneficio. “La competencia no es la emulación industrial, es la emulación comercial. En nuestros días la emulación industrial sólo existe en vista del comercio. Y hasta hay fases en la vida económica de los pueblos en que todo el mundo es presa de una especie de vértigo por realizar beneficios sin producir” (4). Y esta lucha ya no es sólo la del hombre con el medio ambiente, la del capitalista expropiando la propiedad producto del trabajo individual, y expoliando la fuerza de trabajo del asalariado, antiguo obrero que “vivía de sus manos”. Es la lucha acérrima de los capitalistas entre sí. El capital luchando contra el capital. Envileciendo la producción para otorgar el bajo precio, disminuyendo los salarios, aumentando la jornada de trabajo de los asalariados, perfeccionando la técnica—que abatirá al artesano—obteniendo el control político. La pacífica y paradisiaca producción individual, dulcemente mecida por la oferta y la demanda, se transforma en una guerra acelerada, incesante, ineluctable. Y en esta guerra, el capitalista que dispone de mayores recursos sojuzga y absorbe al que dispone de más exiguos medios. Los primeros en sucumbir son lógicamente los más débiles. “A su turno, las clases medias de otro tiempo (“Mittelstande”) pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y campesinos, todos caen en el proletariado. Su pequeño capital no basta ya a la marcha de la gran industria y sucumbe en la concurrencia con los grandes capitalistas” (5). Y últimamente se realiza no solamente esta clase de expropiación sino además la de un capitalista por otro capitalista.

Aquí el capital perfila una nueva fase. La expropiación del pequeño por el gran capital, acelera y fortifica el proceso de la concentración. Un nuevo factor, la sociedad por acciones, interviene reforzándolo. “La sociedad por acciones es un tipo de asociación formado con el fin de asegurar a la empresa una existencia independiente de los individuos” (6). Independencia que elimina el proceso de la dispersión, articulando todas las fuerzas impulsoras de la concentración de capitales.

Un grado determinado de concentración caracteriza la forma específica de la producción capitalista y condiciona el progreso técnico del maquinismo. Sólo mediante este grado determinado de concentración de capital es factible el control de una maquinaria más o menos potente y el acaparamiento de los medios de produc-